

FERNANDO BELTRÁN ESCRITOR

El ingeniero de las palabras

Fernando Beltrán tenía 17 años cuando le dijo a sus padres que quería ser poeta. Han pasado unos cuantos y hoy lo es, pero un poeta con despacho. Allí se ocupa de su empresa: El nombre de las cosas, que se dedica a eso, a poner nombres. Suyo es, por ejemplo, el bautismo de Amena. Tanto como sus versos



TEXTO:
ALEJANDRO
CARANTONA

FOTOGRAFÍA
INAKI
MARTÍNEZ

Fernando Beltrán (Oviedo, 1956), salta de la mesa en la que espera, frente a una copa de vino blanco, en un restaurante cercano al madrileño Templo de Debod, y tiende la mano con una enorme sonrisa. Antes de venir, le ha llegado una caja de ejemplares de la traducción al gallego de 'El corazón no muere', y le han comunicado que se va a publicar una cuarta edición de sus 'Mujeres encontradas': «Vender a miles es algo inusitado para un poeta; y que el Museo Thyssen sea de donde salen más ejemplares de toda España se me hace bastante raro». Efectivamente, poco hay de convencional en Fernando Beltrán, poeta con despacho.

Si, se trata de la sede de El nombre de las cosas, su empresa y sustento: se dedica a poner nombres a marcas, empresas, vinos, libros, discos, lo que sea. Suyo es el nombre de Faunia —antes conocido con el poco sugerente apelativo de «Parque Biológico de Madrid»— o el de OpenCor. Efusivo, entusiasmado, lanza un ejemplo de cómo es este trabajo sin probar aún la crema de espárragos que tiene delante: «Hace poco puse nombre a un hotel en Valladolid, el hotel Gareus. ¿Qué significa? Absolutamente nada, es una invención: suena a clásico, a elegante, tiene peso; y además, la primera sílaba es la última del río Pisuerga; y sus cuatro letras finales, las cuatro anteriores del nombre del río leídas al revés».

Esta curiosa ocupación sólo prosperó tras lo que él llama la «travesía por el desierto» de diez años, en los que se las tuvo que ver y desear para lograr hacer entender qué ofrecía, y por qué era necesario. Hasta que, un buen día, Retevisión llamó a su puerta para maquillar el espanto nominal que era «Retevisión Móvil», y así nació Amena.

«Con la poesía me ocurrió lo mismo: siempre digo que yo llegué a través del grito, el grito que dieron mis padres cuando les dije que iba a ser poeta, a los 17 años. Claro que hubiera podido ser abogado, como querían, pero esa fue mi decisión y la mantuve con tozudez». Aunque no era lo que le dio de comer; fue peregrinando, desde entonces, por toda clase de trabajos hasta recalar en este, y todos le han dejado alguna huella: por lo pronto, los teatrales gestos con los que acompaña sus palabras —sigue

sin tocar la crema de espárragos— de su etapa de actor.

En cualquier caso, las dos ocupaciones que ahora copan su tiempo tienen un obvio y literario origen común: el amor por y para la palabra, el «asombro constante» que surge de atrapar ese concepto que está en el aire, que está ahí, atarlo en corto con el término adecuado, verlo expulsado, verlo fuera de uno y volver a experimentarlo interiormente. La diferencia, no obstante, también es clara: «La poesía expresa ideas propias; El nombre de las cosas, las ajenas.»

Ideas propias que, más bien, son vivencias: 'Aquelarre en Madrid', una de sus obras más conocidas, se gestó en pleno fragor de la Movida. «Eso era andar por el filo, y alguno llegó a caerse», comenta, hincando el diente ahora a un par de jamones de pollo con salsa de setas. «El poema, en cualquier caso, tiene que transportarte a otro lugar; me gustan los poemas incómodos, los que revuelven». Experimenta la libertad de la prosa poética, uncida al trabajo metódico y fascinado; la poesía que llega, conecta, y expresa, pero que no deja de llevar al lector a algún lugar, quiera o no quiera ir: «Me hace gracia, con los poemas más sociales, cuando alguien me dice que no está de acuerdo. ¿Cómo que no está de acuerdo? ¡Es un poema, no es una opinión!»

El poema, en definitiva, está al lado de uno. Está aquí, eres tú, es la mirada poéti-

ca sobre aquella señora que almuerza todos los días en el mismo sitio, a la misma hora.

De esa misma noción partió la iniciativa del Aula de las metáforas, en Grado: Beltrán donó su biblioteca de poesía, ante todo, «para atraer a la gente, especialmente a la joven, a ese primer verso que impacta y marca. Pero el espacio en sí es muy importante, es esencial que lleguen y, aunque sea, se sienten; si quieren, pueden abrir un libro».

A lo largo de la conversación, este filólogo evidencia su auto adjudicada condición de «ingeniero de las palabras»; pero va exorcizando, con la emoción con la que recuerda etimologías, un academicismo plumizo o una peliaguda quereencia excesiva por gramáticas y sintaxis: «Mi trabajo es jugar con las palabras, apoyándome en cuestiones técnicas pero siempre aferrado al aspecto lúdico». Por ejemplo, ahora se pregunta: «¿Cómo se llama el primer peldaño de una escalera? Ando buscándole un nombre».

Ya en los cafés, hay que plantear el no siempre sencillo engarce entre el aspecto poético, o literario, de su labor, y el empresarial: Beltrán no se ajusta, ni de lejos, a un perfil encorbatado y asido a una Blackberry, a veinte cuentas en redes sociales; en su página web, no desliza en absoluto la poesía de su labor como «nombrador» («Así lo llamó mi hija en la ficha que le dieron en el colegio, me parece bastante mejor que 'namer' o alguna cosa de esas»).

«Aspecto empresarial...», reflexiona: «No sé por qué, la gente suele creer que trabajo en un despacho en las Torres Kio con veinticinco personas alrededor: vamos al estudio, quiero que lo veas». Al entrar en el portal, nos recibe una voz operística desde algún lugar del edificio haciendo escalas («No estaba preparado, lo prometí»). Es un piso, en pleno centro de Madrid, en el que su única ayudante, Yolanda, cuenta con un pequeño despacho para gestionarlo todo; él, por su lado, tiene su espacio de trabajo, lleno de diccionarios de toda clase («Fíjate en este, lo encontré en la Cuesta de Moyano el otro día», dice esgrimiendo un diccionario naval del siglo XIX); su rincón de lectura; su habitación con una estantería repleta de recuerdos de aquello que ha bautizado; y, por fin, los alambres hallados en la calle, que pasea entre los dedos, y que alumbraron 'Mujeres encontradas': cada uno de ellos, fotografiado en el libro, viene acompañado por un poema inspirado por la mujer que Beltrán ve en estos minúsculos y retorcidos hierros.

«Muchos», concluye pensativo, «no se creen que me haya encontrado estas formas, creen que yo he modificado estos alambres»: Igual que los poemas del poeta, igual que los nombres del nombrador, les cuesta creer que aparezcan tal cual, así, en el rincón más insospechado.

«Hasta el día en que se topan con un alambre de estos tirado por la calle, con una 'mujer encontrada'; me llaman y dicen: ¡Tenías razón!».

Ráfagas

Las libretas plagadas de anotaciones se acumulan por doquier. Una idea, una nota.



DESPACHO.

El fundador del Aula de las Metáforas, en su oficina de Madrid, con la lupa siempre dispuesta y los diccionarios encima de la mesa. Los colecciona.

